

Una historia para ir a la cama



**de
DryNites®**

Enriqueta Enredadera



**“Un poco más alto
abuela que casi lo veo...
súbeme un poco más..”**

Enriqueta Enredadera se puso de puntillas sobre los hombros de su abuela y se asomó sobre el muro del huerto de Armando Barullo. Lo que vio hizo que se le encogiera el corazón. Tenía ante ella los calabacines más gigantescos que había visto en su vida. Al verlos se quedó helada, sin saber qué decir.

“Bueno, ¿cómo son?”, preguntó su abuela en voz baja, mientras se estiraba después de ayudar a Enriqueta a volver al suelo.

“Son enormes, abuela, ¡el doble de grandes que los nuestros!”. A Enriqueta no le gustaba perder, y le gustaba todavía menos si el que ganaba era Armando Barullo. Todo el mundo en las islas sabía que Barullo era un marrullero tramposo.





Quando la abuela llevó a Enriqueta a la cama esa noche, se esforzó mucho para tranquilizarla.

“Venga, Enriqueta, no vamos a dejar que esto nos desanime. Todavía quedan dos días hasta el concurso; puede que nuestros calabacines crezcan mucho de aquí al día del concurso.”

“Sí, quizás”, dijo Enriqueta enfurruñada, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. “Pero seguro que no se hacen tan grandes como los de Armando Barullo. Es un tramposo, ya lo sabes”.



La abuela lo sabía, claro que sí. Todos los habitantes de las islas sabían que el mejor fertilizante para cultivar calabacines era el estiércol de cabra, y con todas las cabras que había en la isla, no costaba mucho encontrarlo. Sin embargo, cuando se acercaba el concurso, Armando se dedicaba a seguir a las cabras durante meses, recogiendo hasta la última de las caquitas. Así acabó con tres cobertizos llenos hasta arriba de estiércol, mucho más del que era capaz de usar, pero para Armando merecía la pena. Y según las reglas, eso no estaba prohibido.





A la mañana siguiente Enriqueta se despertó escuchando una canción que cantaban dos señoras mayores que se reían como dos colegialas contándose secretitos. Todavía en pijama, saltó de la cama y salió al jardín bañado por el sol para descubrir qué era tan gracioso. Allí encontró a su abuela con su amiga Paqui, sentadas junto a sus queridos calabacines, comiendo helado casero de arándanos. Paqui, que tenía 88 años, era una de las personas de más edad de las islas, pero era de las más jóvenes de espíritu. Tenía ojos chispeantes y juguetones, y siempre llevaba una guitarra a todas partes. Las canciones salían como setas allí donde estaba Paqui. Canciones sobre todas las cosas, desde atarse los zapatos, a esperar a que las gallinas pusieran huevos; canciones sobre mirar a las nubes, canciones sobre canciones... una incesante avalancha de canciones.

**“¡Buenos días, Enriqueta, cariño!
¿Quieres un poco de helado de arándanos?”**

“No, gracias, abuela, no me apetece”, dijo Enriqueta. ¿De qué os reáis?”
“Oh, bueno... jejeje...” se rieron las dos ancianitas. “Cántale la canción a Enriqueta, por favor”, le dijo la abuela a su amiga. Paqui empezó a tocar la guitarra y, entre risas, empezó a cantar una canción que decía algo así: “**A crecer, a crecer, que hoy el sol no se va a poner, florecer, florecer, con la lluvia que va a caer, y a ganar y a ganar, aunque no lo podamos abonar, calabacín, calabazón, el de Enriqueta será el campeón**”.



Y entonces las dos viejecitas empezaron a desternillarse de risa: jajaja, jojojo, jijiji... **“Qué pasa, Enriqueta, cariño?”**, preguntó la abuela, al ver que Enriqueta no se reía. Al contrario, se había quedado boquiabierta, con la mirada clavada en el huerto. **“Cielo, ¿te pasa algo? ¿No te ha gustado la canción de Paqui?”**

A modo de respuesta, levantó la mano y señaló con el dedo hacia el lugar en el que tenía clavada la mirada... hacia los calabacines.

“¡Mirad!”, dijo Enriqueta. Las dos amigas miraron, **“¿Qué?”**, preguntaron, sin saber qué estaba pasando.

“¡Mirad!”, repitió Enriqueta. **“Mientras cantabas la canción, los calabacines han crecido.”**

“¿Estás segura?”, preguntó la abuela.

Paqui volvió a cantar la canción y... claro que sí, los calabacines crecieron, sólo un poquito, pero crecieron. **“¡Mira, mira!”**, gritó Enriqueta,

dando brincos y palmadas. **“Vale”**, dijo la abuela, mientras preparaba un plan, **“La final del concurso es mañana. Vamos a tener que dejarnos la garganta cantando si queremos estar seguras de ganar”**.

Así que las tres empezaron a cantar la canción de hacer crecer los calabacines una y otra vez. Cantaron toda la mañana, toda la tarde, toda la noche, turnándose mientras las otras dormían. Cantaron mientras llevaban los calabacines hasta la barca, para llevarlos al concurso, y, para no correr riesgos, siguieron cantando mientras remaban; incluso siguieron cantando mientras llevaban los calabacines, que ya eran enormes, hasta la plaza del pueblo para que los examinase el jurado.



“¡El de Enriqueta será el campeón!”, acabaron la canción, poniendo los hermosos calabacines en la mesa y dedicando una sonrisa pícara a Armando Barullo, cuyos calabacines, todo hay que decirlo, parecían pequeños y escuálidos al lado de los de Enriqueta. A juzgar por la cara de enfado que tenía, Armando se había dado cuenta.

Una hora después todos los isleños estaban en la plaza del pueblo, esperando a que saliese el resultado. Enriqueta, su abuela y Paqui estaban de la mano y rezaban mientras el jurado subía al estrado. Se hizo el silencio y el alcalde empezó a hablar por el pequeño micrófono, que había sido adornado y pintado para la ocasión y parecía un calabacín. “**Damas y caballeros, muchas gracias por acompañarnos en nuestro concurso anual “Un calabacín en el jardín, una calabaza en la terraza y un calabazón en el balcón”. Es para mí un honor anunciar que el ganador de este año es...**”

Todo el mundo contuvo la respiración con la emoción de averiguar quién había ganado, mientras el alcalde abría el sobre.

“Y el ganador es...
Enriqueta Enredadera”

“¡Hurra!”

gritó todo el mundo, mientras manteaban a Enriqueta para celebrar su victoria. Paqui cantaba y bailaba y daba brincos de alegría, como si tuviese 80 años en vez de 88, y la abuela abrazaba y besaba a Enriqueta. “**Bien hecho, cariño. Estoy muy orgullosa**”.

Cuando concluyeron las celebraciones, las tres chicas estaban agotadas y mientras remaban de vuelta a casa, decidieron, por miedo a que los calabacines crecieran tanto que acabasen por hundir el bote, que no debían cantar otra vez la canción de los calabacines. Enriqueta estuvo de acuerdo,

pero era una canción tan pegadiza que no pudo evitarlo, y mientras se dormía apoyando la cabeza en el regazo de su abuela, sentadas en el bote de remos, iba cantando en voz muy baja “**A crecer, a crecer, que el sol no se va a poner...**”



fin